

# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 9.º—SÁBADO 1.º DE MARZO DE 1851.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.  
Ultramar y extranjero: Año 50.

## SUGESOS DE ACTUALIDAD.

### ENTREGA DEL VESTIDO DE S. M. AL EXCMO. SR. DUQUE DE HIJAR.

El señor rey D. Juan el II, por privilegio despachado en Torrijos á 9 de enero de 1441, hizo merced á D. Rodrigo de Villandrando, conde de Rivadeo, de que en memoria del señalado servicio que hizo á S. M. el día de la Epifanía, adquiriéndole la entrada en la ciudad de Toledo y salvando su Real persona, él y los sucesores en su casa se sentasen á la mesa de SS. MM. y la de los señores reyes sus sucesores en Castilla y Leon, en aquel día, y les fuesen dadas las ropas y vestiduras que vistieren en él; y las ceremonias con que esto se verifica son las siguientes:

El conde de Rivadeo, cuyo título lleva hoy el Excmo. señor duque de Híjar, va á palacio á la hora de medio día, acompañado de sus parientes y amigos, y aguarda en la parte que tiene entrada á que S. M. salga á comer.

Después de haber cubierto y puesto la mesa para S. M. en la antecámara, en la forma que se acostumbra en comida pública y solemne, trayendo las viandas con maceros, atabales y trompetas (se refiere á 1651), sale S. M. acompañado de los grandes, gentiles-hombres y mayordomos de la cámara: los cuatro reyes de armas, con cotas, toman su lugar sobre la tarima á las cuatro esquinas, y los maceros abajo á los dos lados de la tarima, con sus mazas, para desembarazar el paso y acompañar la copa cuando S. M. la pide.

En lavándose S. M., habiendo echado la bendición el prelado y sentándose S. M., al tomar el mantel y la servilleta, hace seña al conde de Rivadeo para que se siente, y al mismo tiempo un ayuda de la furriera le pone un banquillo de

nogal en el testero de la mesa, á la mano izquierda de S. M., donde se sienta descubierto, y porque en la mesa no hay recado ninguno para el conde, un ayuda de la panadería disimuladamente le da una servilleta, y en ella un panecillo y cuchillo. Los platos de que S. M. no gusta, hace seña al trinchante para que se levanten, y los que va comiendo, aparta á la mano izquierda hácia el conde, el cual después de haber comido de ellos, los da al furrier ó á un ayuda. En subiendo á S. M. la copa, lleva al conde la suya (que para este efecto sube secretamente del oficio de la caba) algun pariente de su casa, descubierta y sin salva. En levantándose S. M., y levantado el último mantel, el conde se pone en pie, quita la mesa el aposentador de palacio y sus ayudas, da las gracias el limosnero mayor, el conde besa á S. M. la mano y le acompaña con los demas caballeros hasta su aposento, y los mayordomos y gentiles-hombres de la boca se van á comer al Estado, y con ellos el *Barlet servant*.

Pero esta parte de la ceremonia hace muchos años, incluso el presente, que no se verifica, porque por la mayordomía mayor de S. M. se avisa al señor conde con anticipación de que «S. M. no come en público, y que por lo tanto no puede disfrutar del privilegio de sentarse á su Real mesa.»

Lo que sí tiene efecto todos los años, y se ha verificado en este el día 19 del actual, es la entrega del vestido que llevó S. M. el día de la Epifanía al señor conde de Rivadeo, duque de Híjar, y el ceremonial observado en esta ocasion es el siguiente:

El señor duque pasa un oficio al señor sumiller de Corps, á fin de que haga presente á S. M. que correspondiéndole como conde de Rivadeo las Reales vestiduras que usó S. M. el día de la Epifanía, se digna dar la orden correspondiente para su entrega.

El señor sumiller contesta al duque «que el vestido está

pronto, y que señale día y hora para recibirlas;» vuelve S. E. á escribir señalando el día y hora, que siempre acostumbra á ser tres ó cuatro días después, para que el sumiller tenga tiempo de comunicar las órdenes al guarda-ropa de S. M., y este á sus dependientes: asimismo se pasa otro oficio al mayordomo mayor para el coche de la Casa Real, mancebos y cocheros que han de ir con él: otro al capitán de alabarderos para que nombre y envíe los que han de acompañar el vestido: la hora que se señala es generalmente las once de la mañana.

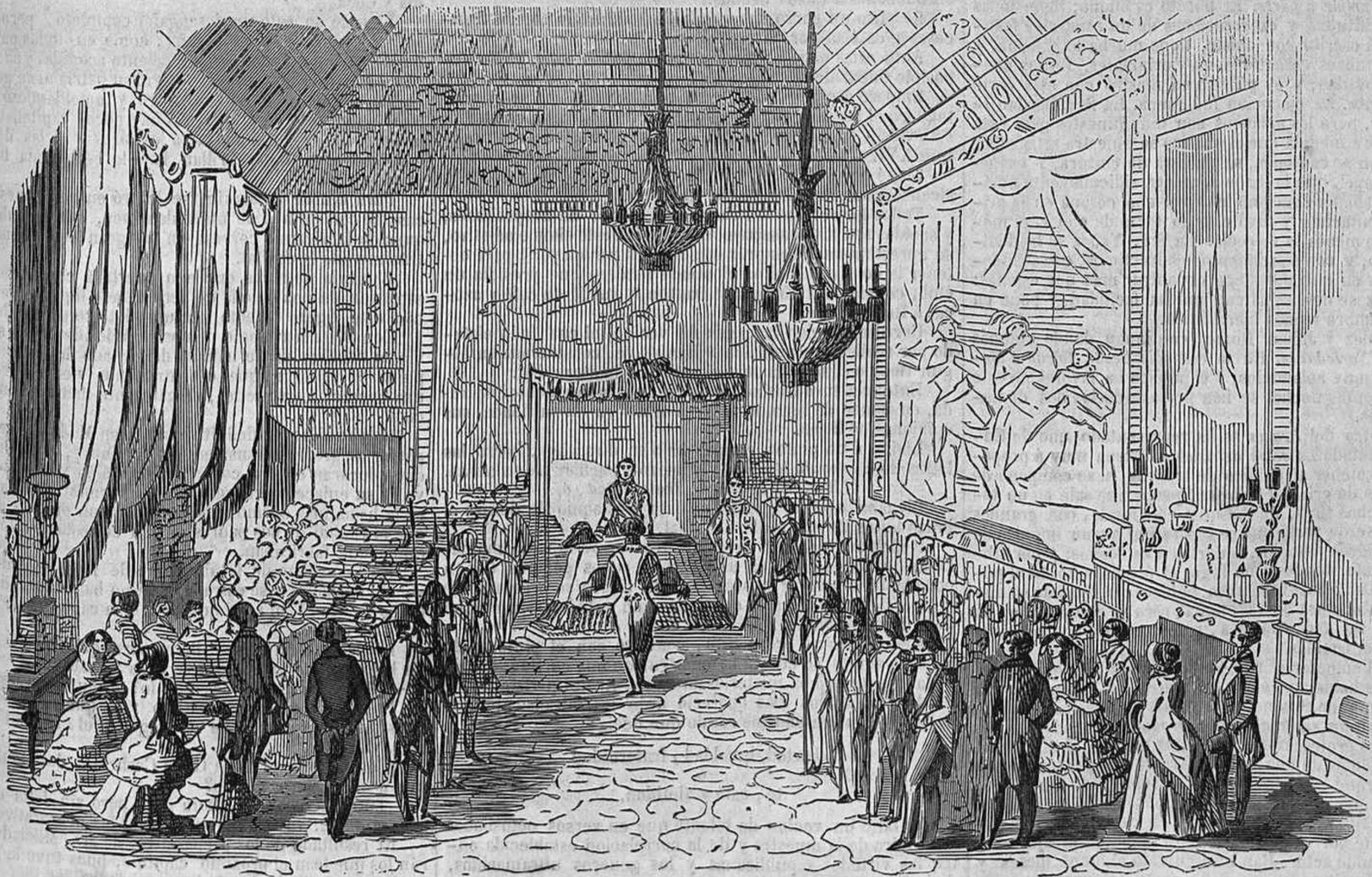
Salte dicho vestido desde palacio en un coche de la Casa Real, de media gala, tirado de cuatro mulas á guías, acompañado de cuatro alabarderos y sus correspondientes mancebos; de la Real Casa viene en dicho coche el gefe del guarda-ropa de S. M., que trae el vestido en una bandeja, envuelta en un tafetan, y dos ayudantes de guarda-ropa.

En el gran salon de tapices de la casa de S. E. hay un dosel, y delante de él una mesa y silla, en la que se sienta el duque á la hora señalada.

Al llegar el coche á la casa de S. E. se hallan los gefes y dependientes de las oficinas en traje de etiqueta, y los criados y lacayos con librea de gala, aguardando al pié de la escalera, y dichos ayudantes de la guarda-ropa se apean, y reciben la bandeja cubierta con el tafetan, que contiene el real vestido, y luego que lo verifica el gefe del guarda-ropa, vuelve á recibir la bandeja, y la sube en sus manos, acompañado de los cuatro alabarderos, ayudantes del guarda-ropa, dependientes, criados y lacayos del señor duque.

Al apearse del coche el gefe del guarda-ropa, el escribano de la casa de S. E. le pregunta cómo se llama, para insertarlo en el testimonio con los pormenores de la ceremonia.

Subiendo toda la comitiva, los dos ayudantes de la guarda-ropa, junto con los gefes y al lado los cuatro ala-



Entrega del vestido de S. M. al Excmo. Sr. duque de Híjar.

barderos, entran en el salon destinado al efecto, en cuyo momento S. E. el duque se levanta, les hace su cumplimiento saliendo á una punta de la mesa, y se vuelve á su silla; y el gefe de guarda-ropa le dice:—«que el rey (hoy la reina) le ha mandado en cumplimiento de su privilegio como conde de Rivadeo llevarle el vestido que usó el día de la Epifanía:»—y oido el recado, se levanta el duque y responde:—«que se pone á los reales pies de S. M. y le da las gracias por las honras que dispensa á su casa y persona.»—Hecha esta ceremonia, se retiran por el mismo orden que entraron en la sala, y S. E. para despedirlos se levanta y sale hasta la punta de la mesa. Acto continuo, y á presencia del escribano de su casa, descubre S. E. el tafetan, y se estiene testimonio en forma de las prendas de que se compone el vestido, se manda un traslado á la sumillería, y otro queda en el archivo de la casa del señor duque, donde existen muchos testimonios de este acto referentes á diversos reinados.

El dibujo que acompaña á este artículo, y que ha sido ejecutado en el mismo salon por nuestro amigo el Sr. don Julian de Ribelles, presenta el acto en su mas solemne momento. El traje que usó S. M. el día de Reyes, y que ha sido entregado al señor duque, consiste en las prendas siguientes:—Un vestido de seda *chiné* de color lila.—Un velo negro bordado.—Un pañuelo de mano bordado tambien.—Un camisolin; y un par de guantes.

## REVISTA DE TEATROS.

El vicario eclesiástico se ha propuesto proteger, aunque indirectamente, la literatura dramática; segun dicen algunos periódicos ha solicitado del gobierno que en la próxima Cuaresma no se representen comedias, y es muy natural que la privacion despierte en el público mayor interés, y que asista al teatro con mas entusiasmo tan pronto como se levante el *velo*, si es que el gobierno accede á tan católica, apostólica y romana solicitud. El señor vicario eclesiástico conoce muy bien que á falta del espectáculo teatral, puede el público pasar el tiempo en otros espectáculos mucho mas profanos, y con el objeto de prevenir este mal, asegúrase que pide tambien en la solicitud que solo se pongan en escena los autos sacramentales de Calderon, y algunos dramas de asuntos sagrados, fijándose muy particularmente en el del Sr. Rubí, *Isabel la Católica*. Estas son las noticias que hasta nosotros han llegado, y así las comunicamos á nuestros lectores, aunque tambien diremos algo del efecto que la solicitud ha producido en las empresas. La impresion no puede haber sido mas desagradable; porque esceptuando el *Teatro Español* que podrá poner en escena el drama *Isabel la Católica*, todos los demas tendrán que cerrar sus puertas, en lo cual hay, si se quiere, algo de justicia, porque ya que el público se ha mostrado poco galante con el teatro modelo en el transcurso del año, razon es que en la Cuaresma se vea precisado á frecuentarle mas, y á recibir del señor vicario eclesiástico una leccion de buen gusto: la medida no puede ser mas protectora: bien merecia que la junta aumentara un silloncito mas para el autor del pensamiento.

Algunos teatros han pensado ya en *La Muerte y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, asunto el mas palpitante para la Cuaresma. Tambien han pensado los editores de la *Biblioteca sagrada* en comprar la propiedad del drama *Isabel la Católica*, con lo cual será posible que veamos una tercera edicion de la obra del Sr. Rubí, figurando al lado de la *Biblia*, los *Santos Evangelios* y la *vida de los santos Apóstoles*.

Los beneficios menudean antes de la Cuaresma. En el Circo se puso en escena á beneficio del Sr. Catalina la *segunda parte del Duende*, y aunque su éxito no pudo ser mas lisonjero, el público sin embargo no ha sido tan consecuente como con la *primera parte*. El libreto es bueno; tiene todas las inverosimilitudes y exageraciones de un *vaudeville* francés, pero está escrito con chiste, tiene mucha animacion, y hay algunos nuevos caracteres muy originales. En los cantos no hay novedad, y el público se mostró con esta parte muy indiferente. La ejecucion fué buena. La Sra. Bardan se hace aplaudir, pero los aplausos son muy funestos para esta actriz, porque á medida que el público se muestra satisfecho, la Sra. Bardan se contonea, se quiebra de cintura, y exagera tanto su papel, que la hace aparecer ridiculamente amañada. Un caballero anciano le arrojó una corona en la primera representacion, y tuvo el poco tacto de elegir el momento en que menos lo merecia. La Sra. Yañez se ha dedicado al canto, y con sentimiento le advertimos, que abandone una senda en que no puede encontrar mas que espinas: la Sra. Yañez se desentona con mucha facilidad, y pone en tortura al hombre menos filarmónico.

Matilde Diez y Julian Romea continuan dando algunas funciones en *Varietades*. En la comedia *Desde Toledo á Madrid* han sido muy aplaudidos, y el público ha favorecido este teatro en cuantas noches se han presentado los dos distinguidos actores.

En el teatro del *Drama* se ha representado uno de Eugenio Sué titulado *La selva del Diablo*, drama muy á propósito para entretener al público de la tarde, si se compone de chicos y amas de cria. El principal personaje sale en un tonel, hay muchos tiros, un bosque encantado, con grandes cercados de verde yerba que se separan al menor impulso de los actores: tigres pintados, muertos á estocadas; y por último, una fragata, donde tiene lugar el último acto. Si el público hubiese sido mas numeroso, hubiera manifestado su disgusto de una manera bien explicita; pero se componia en su mayor parte de gente de casa, y se contentó con retirarse disimulando el fastidio.

Cuando al empezar el año cómico se nos dijo que el señor Arjona se habia ajustado en el teatro del Instituto con la condicion de que no se pondria en escena ninguna pantomima, ni se cantarían los *espárragos* ni el *organillo*, ni todas las demas canciones grotescas que habíamos oido en el año anterior, no dudamos de que el señor Arjona hubiese tenido esta exigencia, porque nos parecia justa, y sobre todo muy digna de un artista que se aprecia en algo; pero si dudábamos que el señor Dardalla accediese á ella; y en caso de acceder sería únicamente por el momento, para facilitar el ajuste de aquel distinguido actor. Han transcurrido algunos meses y el teatro del Instituto ha guardado cierta compostura; pero

pronto ha vuelto á su antigua vida, y las tonadillas le han servido de pretexto para dar lugar á sus canciones favoritas. El exigir otra cosa del teatro del Instituto es exigir un imposible; y así es que por mucho que el señor Arjona trabaje y se haga aplaudir en comedias como *El sí de las niñas*, procurando dar al teatro cierto tono y cierto aspecto de buen gusto, viene despues Dardalla con algunos cuadros andaluces muy repugnantes, á destruir la buena impresion que aquel deja.

Se ha puesto últimamente en escena en este teatro, y á beneficio de doña Amalia Gutierrez, una comedia original del señor Cisneros, titulada *Jadraque y Paris*, de la cual nos ocuparemos en nuestra próxima revista. F. M.

## CUATRO CAPITULOS DE UNA NOVELA INEDITA.

### CAPITULO I.

EN EL QUE SE ESPONEN LAS CAUSAS POR LAS CUALES EL HÉROE DE ESTA HISTORIA SE LLAMA MILCIADES DE NOMBRE, Y MONTARD DE APELLIDO, Y SE DEMUESTRA LA INFLUENCIA DE LA POLÍTICA EN LOS COMESTIBLES.

Corrian presurosos los últimos días del año de 1790 á sepultarse en la inmensidad de lo pasado, y veialos correr impasible desde detras del mostrador de su tienda, situada en el barrio Saint-Denis, un hombrecillo delgado y macilento, que tenia por nombre Eustaquio Moutard.

Hallábase triste y desconsolado porque veia decaer de día en día su tienda de comestibles, que ofrecia á los ojos del menos observador señales manifiestas de próxima ruina.

Un vecino rico y que ostentaba dos puertas mas abajo sobre su muestra resplandeciente el pomposo título de proveedor de SS. MM. se llevaba todos los consumidores del barrio, no por el iman mágico de las régias personas, cuya fuerza magnética se hallaba ya muy debilitada para el que empezaba á ser pueblo francés, sino porque debajo del espléndido rótulo se desarrollaba una no menos espléndida guirnalda de frescos salchichones, y, al través de los cristales de los aparadores, se percibian innumerables pilones de azucar, sacos de café, frascos de pepinillos en vinagre y de apetitosas salsas inglesas, y millares de comestibles aseados y succulentos, sobre los que parecia haber derramado su barniz brillante la prosperidad que todo lo pule y vivifica.

El pobre Eustaquio solo, abandonado en su triste tienda, se veia reducido á alimentarse con sus propios géneros, abriendo cada día una brecha terrible á su capital de quesos y pastas finas.

Ni tenia ya otro entretenimiento que el contemplar desde el quicio de la puerta de su tienda la turba de criados, criadas y artesanos que entraban y salian de la de su rival, la cual parecia hallarse convertida en un templo en el que se celebraba un jubileo ó una procesion.

Atormentado por este espectáculo, roido por la envidia, acosado por su inminente pobreza, sus ideas se volvieron sombrías, acre su carácter y se sintió predispuesto á afiliarse en el bando republicano y á propagar las opiniones niveladoras, acogidas siempre con entusiasmo por aquellos cuyo nivel está muy bajo.

Concurrió á los clubs que nacian entonces. Pronunció dos ó tres arengas patrióticas, en las que acertó á ingerir una lista detallada de los géneros que le quedaban en la tienda con sus precios.

Se suscribió por una peseta á la ereccion de una estatua colosal de la libertad, la cual habia de tener precisamente encadenados á varios tiranos.

Se puso un gorro encarnado llamado frigio por los franceses y catalan por los españoles.

Ante estas pruebas manifiestas de patriotismo, ya no era posible dudar de sus opiniones.

Empezó á ponerse á flote su tienda y á aclararse para el tendero el horizonte político, que por un contraste comun en esta vida, se ennegrecia mas y mas para el desventurado Luis XVI.

Llegó por último el triunfo de la República, y con ella alcanzó Moutard el apogeo de su gloria.

Todos los vecinos del barrio calificados de sospechosos, y sabidas sus las consecuencias que tenia este simple adjetivo, se apresuraban á comprar comestibles por mayor, para obtener la confianza del omnipotente tendero que presidia un club, convidaba á almorzar á Danton, y surtia de café y azucar á Robespierre.

Cerróse tambien la tienda del vecino, el cual fué delatado por realista y conducido á la Abbaye, considerada en algun tiempo como una leve pausa para la eternidad.

Entonces tuvo Eustaquio la idea, verdaderamente inspirada, en poner de manifiesto en la muestra de su tienda, sus opiniones políticas.

Llamó á un pintor, el cual, bajo su direccion, borró las letras de *Eustaquio Moutard* y empezó á perfilar las palabras.

*Libertad, igualdad, fraternidad, ó...*

Llegaba aquí el pintor, cuando Eustaquio le detuvo el brazo antes de que pusiera el final.

Reflexionó en aquel momento que *la muerte* seria una palabra de mal agüero en una tienda cuyos géneros tienen por objeto conservar y prolongar la vida, y se persuadió de la necesidad inexcusable de cambiar en esta ocasion el final de la frase patriótica.

Meditó por un breve rato, consultó con el pintor y de acuerdo ambos, se cubrió la muestra con una cortina, debajo de la cual trabajaba misteriosamente el Apelles parisiense.

Al cabo de dos dias apareció ante las miradas atónitas de los vecinos un enorme rótulo que decia:

Libertad, igualdad, fraternidad

6  
té, café y almidon.

No faltó un vecino de talento que en versos octosilabos se burlara de la muestra y de la correlacion establecida entre las virtudes republicanas y los géneros ultramarinos, diciendo:

Que tan exótica era en Europa la planta de la libertad como la del té:

Que habia tantas clases de igualdad como variedades de café:

Y que la fraternidad era, como el almidon, un dulcificante inofensivo destinado á suavizar y calmar las escoriaciones producidas por la libertad y la igualdad. Eustaquio contestó á tamañas insolencias delatando á su autor ante el tribunal revolucionario, el cual decidió por unanimidad de votos que el santo dogma de la igualdad no se estendia hasta el extremo de permitir manifestar opiniones anti-republicanas, aunque fuese en quintillas, y que la fraternidad les obligaba á enviar al poeta á la guillotina, de la que este pudo escapar componiendo una magnífica oda contra la tiranía de los déspotas europeos, que eran unos tigres al lado del manso cordero Fouquier Thinville.

Por su parte, Eustaquio llegó á reunir una cuantiosa fortuna, sin mas que aplicar al comercio las tres virtudes que se destacaban sobre su barnizada muestra.

Aplicó la libertad á aumentar con una dosis de agua del pozo los vinos de Borgoña y Frontignan, por sí demasiado espirituosos:

Estableció la igualdad mas rigurosa en sisar á los consumidores:

Y se declaró dispuesto á fraternizar con toda la especie humana, á escepcion de los demás lonjistas ó dueños de tiendas de comestibles.

Una vez encontrada la veta de la suerte, siguió explotando el filon y duplicó su caudal casándose con la hija de un emigrado riquísimo que habia cometido el enorme delito de huir al extranjero para evitar, segun una frase patriótica, que la república le suprimiera.

Para colmo de dicha su esposa dió á luz á los pocos años un robusto niño destinado á perpetuar sobre la tierra la raza de los Moutard.

Consultados los amigos sobre el nombre que se daría al niño, prevaleció la opinion emitida por un sábio boticario muy conocedor de la historia antigua, pues habia traducido en su juventud casi dos terceras partes del Cornelio Nepote.

El tierno vástago que lloraba y se estiraba vigorosamente en su cuna, recibió el nombre de Milciades, acogido con aclamacion por los concurrentes, que brindaron por el valor que mas adelante habia de desarrollarse en el futuro general y la proximidad de un nuevo Marathon.

Conseguidos todos sus deseos, Eustaquio traspasó la tienda y compró fincas por valor de dos millones de reales.

Desde entonces se retiró de los clubs, renunció á la política, á la cual debia mil sinsabores segun aseguraba, y calificó de locos á los republicanos que estaban ya en baja y desaparecian ante la influencia del primer consul.

Creció poco á poco el niño Milciades y vino á dar un solemne mentís á su nombre, demostrando solo un valor heroico en dejarse atormentar por sus compañeros de escuela.

Desvaneciéronse con esto los presagios de gloria; pero su padre se consoló con la idea de que donde estaba Napoleón eran inútiles los Milciades, y reconociendo (y en esto no iba errado) que, al lado de Austerlitz y de Wagram, hacian un triste papel Marathon y Salamita.

Llegó mas adelante el que habia sido tierno vástago á constituir un mozo robusto, grueso, colorado y capaz de administrar la fortuna que le dejáran sus padres al acudir al llamamiento de la muerte, que, como dice Horacio, así se presenta en el alcázar régio, como en la modesta casa del tendero republicano.

Acometióle á Milciades el deseo de viajar y se decidió á venir á España, pais, segun él habia leído, semi-africano y en el que esperaba hacer una serie de descubrimientos, que le elevaran entre los viajeros á la categoría de Vasco de Gama y Cook.

Llévose en esto un desengaño completo, pero al mismo tiempo conoció que en España, como en todas partes, tiene el hombre de dinero una excelente acogida, y nadie incurre en la grosería de preguntarle ni su patria ni su genealogía.

Fuése quedando un año y otro y amoldándose á los hábitos de un pais en el que, sin hay pocos capitalistas, todos lo parecen, y cobró afición á los toros y á las diversiones españolas que tanto brillan bajo la espléndida bóveda de nuestro cielo.

Para acabar de arraigarse, entró en relaciones y vino á casarse con la hija de unos alemanes, que se habian enriquecido fabricando cerveza en un gran establecimiento extramuros de la capital.

La novia se habia quedado tuerta á consecuencia de la explosion de una botella del fermentado líquido, pero rescataba este ligero defecto con una dote considerable.

Con este matrimonio demostró Milciades que, si bien vivia en España, no se hallaba descastado de Francia hasta el punto de ignorar, que el matrimonio viene á reducirse á una operacion aritmética, vulgarmente llamada suma ó adición.

Establecióse ya definitivamente en Madrid y se dedicó á gastar alegremente sus rentas y á educar, ó mejor dicho, á que educaran en dos colegios á una niña y un niño que tuvo de su enlace con la señora de Cerbrmfzt. A esta cada día se la hacia mas disimulable la falta de un ojo, en atencion á que el capital de sus padres crecia como la espuma del líquido que fabricaban.

En la mañana de 1.º de Enero de 1850 se hallaba desvelado Milciades y se estrañaba de no haber dormido sino doce horas: miró el reloj que tenia á la cabecera de la cama; eran las nueve.

Despertó á su esposa; llamó para que abriera el criado los balcones del gabinete y se puso á vestirse.

—¿Para que me has despertado? preguntó su esposa.

—Pse! poca cosa: me fastidio y... quiero que demos á nuestros amigos un baile de trages... el carnaval se acerca... y...

—¿Como; exclamó Doña Casta Cerbrmfzt de Moutard ¿vamos á darle ahora mismo?

—Tú estas dormida! ahora no... pero sin falta dentro de quince dias... voy á salir para hacer los preparativos.

El resultado de los preparativos de Mr. Milciades le verán los que lean el próximo capítulo, pues tuve la honra de contarle en el número de los convidados.

## CAPITULO II.

## ANTES DEL BAILE.

Doña Casta, su hija Adelina, que ya tenía 15 años cumplidos, y la criada, se dedicaron á preparar el salon de baile. Los dos bustos de porcelana que representaban á Danton y Robespierre, fueron jabonados de arriba abajo.

Los retratos de Caton, Bruto, Cincinato, Saint Just y Marat sufrieran un escrupuloso reconocimiento. Y ya que de todos estos fieros republicanos se habla, no crean algunos que los tenía allí Mr. Moutard para honrarlos.

Se complacia, por el contrario, en tener aprisionados debajo de macizos cristales de la Granja á los representantes de la igualdad, á la cual odiaba de corazón, como todo el que tiene mas de dos millones de capital.

Con respecto á las intenciones de Danton y Robespierre, la porcelana en que se hallaban convertidos le tranquilizaba por completo.

Y cualquier cosa hubiese dado por poder colocar á su compatriota Proudhon debajo de un fanal, para complemento de su coleccion republicana y de su propia tranquilidad. Siguieron los preparativos.

Se quitaron las fundas á la silleria; Se mudaron las cortinas; Se afinó el piano, y se convidó al maestro de la niña para que tocara;

Se ajustó una cena delicada y suculenta que habia de traerse de casa de Lardy.

Se repartieron esquelas de convite para la noche del 15. Hecho todo esto, cada cual se ocupó de su traje.

La Sra. de Moutard optó por un traje de capricho, que se compone invariablemente de una falda de raso, un corpiño de terciopelo, doscientas varas de cinta y docena y media de sortijas, broches y pulseras.

La señorita Adelina prefirió vestirse de duquesa de Luis XV con tontillo y polvos, por ser este el traje de mas aparato que halló.

El niño Eduardo tuvo que resignarse al económico traje de turco, que se le improvisó con unas enaguas de su hermana poniéndole por turbante un gran pañuelo de seda de su padre.

Este, queriendo hacer una delicada galantería á los españoles que concurrían á su casa, se vistió de picador por no hallar ningun traje de banderillero que viniera bien á su corpulencia. Se calzó las espuelas; se puso el barrote de hierro en la pierna derecha, llamado *mona* por la gente del oficio, y aun hubiera llevado la pica en la mano, si su esposa no le hubiera manifestado que podrían tomarlo por un ofensivo epigrama los maridos convidados.

Llegó, por último, el día solemne que habia de recompensar tantos afanes.

Dieron las nueve de la noche.

Doña Casta se hallaba vestida y adornada desde las ocho y pasaba el tiempo en regañar á la criada y en correr de un lado á otro haciendo sonar sus dijes, hasta el punto de que su esposo la confundiera con el perro de aguas que tenía un collar de cascabeles y le llamara por dos veces —chis chis... Medoro, pobrecito, ven acá.

A la segunda equivocacion se exaltó la bilis de doña Casta y se produjo una tempestad matrimonial.

Vino á apaciguarla Adelina que llevaba dos horas de echarse harina en el pelo y que venia á pedir á su madre un poco de almidon para completar el peinado.

El niño Eduardo se habia caído hasta tres veces, porque se le enredaban las piernas en sus calzones de mameuco y habia sufrido un pellizco de su hermana y un tirón de orejas de su madre.

A las diez toda la familia se hallaba en la sala esperando con impaciencia á los convidados.

Dieron las diez y cuarto, las diez y media y nadie parecia. La familia Moutard llegó á desesperarse temiendo que nadie viniera.

Doña Casta meneaba la cabeza con aire de cólera. La hija no la meneaba por temor de que se la cayeran los polvos, pero casi lloraba. Don Milciades hubiera pateado de ira, si se le permitiera el barrote de la pierna derecha.

Dimanaba todo esto de que no se acordaban de que en España es general costumbre no acudir jamás á una cita sino una hora despues.

Al cabo, á las 11 menos cuarto, tiraron de la campanilla y entró...

## CAPITULO III.

## DURANTE EL BAILE.

Entró el maestro de piano de la señorita, que no venia disfrazado, y á quien se le obligó á ponerse el frac del revés. Al instante pidió un refrigerio, y conducido al comedor, aceptó como tal un plato de huevos hilados y un vaso de Jerez.

Casi en seguida entró la familia Martinez; papás gordos, hijos gordos y todos vestidos á la oriental: la mamá de odaliska y el señor Martinez de primer Visir. En la chaqueta del traje de este brillaba bordada de lentejuelas una media luna, cuyos puntiagudos cuernos podian considerarse, segun lenguas maldicientes, como un emblema de la situacion marital.

A continuacion se abrió la puerta para dar entrada á un hombre alto, seco y erguido que traía puesta una resplandeciente armadura... de carton. Tan aventajada era su estatura, que, al entrar, se abolló el casco contra el quicio de la puerta, y, al saludar á las señoras, dió con él un vaiven á la lámpara que colgaba del centro del techo del salon. Era este un oficinista solteron que se habia dedicado con gusto á la carrera de las armas, si la profesion militar no ofreciera mas apuros lances que pasar revistas en el Prado y lucir en la procesion del Corpus.

Entró despues una viuda de edad respetable vestida de pastora y sin mas corderos que dos hijas mayores de 25 años que rabiaban por casarse, enfermedad que hoy ha venido á hacerse epidémica en las mugeres.

Llegaron luego tres ó cuatro aldeanos con sus aldeanas que traían botitas de charol y guantes de cabritilla.

Detrás de este grupo venia vestido de arlequin un poeta repentista que hacia mas de ocho noches estaba improvisando una cuarteta en honor de Mr. Moutard, y que habia for-

mado parte de las redacciones de dos escelentes periódicos que no llegaron á publicarse. El poeta presentó á un íntimo amigo suyo, oficial sexto supernumerario de la clase de sesos de contribuciones directas, el cual estaba dando diente con diente por venir vestido de cultivador americano, traje compuesto de un sombrero de paja y pantalon y chaqueta de lienzo crudo, y poco adecuado á la crudeza de una noche del mes de febrero en estas latitudes.

Los penúltimos fueron dos primos de doña Casta Cerbrmfz de Montard, alemanes como su tio, á quien ayudaban en la fabricacion de la cerveza.

Y el último un señor baron que dispensaba á Milciades el honor de tomarle dinero prestado, y que para obtener renovacion de un pagaré que venia en aquellos dias, se decidió á hacer el sacrificio de asistir á un baile de gente plebeyana... vulgar... de mal tono... y tan grosera, que pretendia que se la devolviese lo que prestó.

Se me olvidaba decir que yo entré tambien, y fué la entrada mas oportuna, pues sin ella no sudaran las prensas en honor de Mr. Milciades.

Reunidos ya los concurrentes, se animó la fiesta: sentóse el maestro de música al piano, y emprendió con una polka de grande efecto: formáronse las parejas y dió principio el baile.

El supernumerario de la clase de sesos sacó á bailar á Ofelia, una de las hijas de la pastora viuda, y bailó frenéticamente entusiasmado, no solo porque gustaba de su pareja, sino porque con su traje de lienzo blanco necesitaba hacer un ejercicio violento para entrar en calor.

El guerrero alto empezó la polka con Palmira, la otra hija de la viuda; pero tuvo que desistir de su temeraria empresa, pues en poco tiempo dió tres veces con el casco en la lámpara colgada, haciéndola oscilar de una manera terrible.

El poeta repentista se dirigió á la señorita de la casa, y esta pareja se distinguió sobremanera en cuanto pudo verse, pues á cada paso de polca se desprendia del peinado de Adelina una nube de harina y almidon que los hacia casi invisibles á los concurrentes.

Mientras tanto Milciades se paseaba henchido de gozo hablando con el señor baron, el cual le aseguraba que su baile sobrepujaba á los de la condesa de Montijo, y rivalizaba con los de Palacio.

—Por lo demas, decia, aquello se lo pagaré á V. muy pronto, en cuanto se vendan mis granos: (es de advertir que el baron no tenia mas granos que tres berrugas en la nariz); y en cuanto se vendan, y se venderán á buen precio....

—Oh! si señor, contestaba Milciades, pero esta no es ocasion... otro dia hablaremos de eso: y... ay! ay! ay!

—¿Qué tiene Vd.?

—No es nada; este maldito traje: los calzones me desuelan, y este barrote se me clava en la pierna derecha... voy á arreglarle.

—¿Uf! qué dolor! esclama el baron, á quien Milciades al levantar la pierna ha clavado una espuela en plena pantorrilla: ¡qué idea tan estúpida, tan bestial, de ponerse....

—¿Qué decia V.?

—Nada... no vale la pena; contesta el baron, que se apacigua al acordarse del pagaré: decia que ese traje, aunque poético, pintoresco en grado sumo, no es el mas adecuado para un baile.

—Cierto, añade el guerrero acercándose, debe Vd. ponerse un traje como el mio que no molesta. Estoy vestido con una armadura idéntica á la del Gran Capitan. No hay mas diferencia entre las dos, sino que la suya es de hierro y la mia de carton... y tiene la ventaja de ser ligerisima... y ningun inconveniente...

—¿Qué es esto que se le desprende á Vd.? le pregunta el baron en aquel instante.

—¡Dios mio! es la pieza inferior de la pierna izquierda.... está mojada... hecha una sopa... ya no sirve... ¿Qué habrá sido?... Ah! ya caigo... es la perrita de Montard la que... la que... me ha humedecido la armadura!

—Eso poco importa, le contestó el baron; todavía tiene Vd. encima bastante cartulina para confundirse con el Gran Capitan.

Durante esta conversacion ha concluido la polka y comenzado un vals, y el peinado de Adelina, con la rapidez del movimiento giratorio, despide una nube de polvos que hieren los ojos de los convidados. La sala parece llena de niebla; la situacion se hace intolerable, y algunas personas empiezan á enjugarse las lágrimas que les arranca el almidon.

—¡Válgame Dios! ¡y qué invencion la de los polvos! esclama la señora de Martinez.

—Nunca los tuve aficion, contestó su esposo... á menos que no fueran de batata.

—Para tragar esto, pensaba el baron para sus adentros, mas valiera irse á una yeseria, y añadía en voz alta:

—Señora de Montard... su hija de V. está encantadora... ha sido feliz idea la de ponerse ese traje y sobre todo el peinado... parece enteramente Mme. de Monteespan.

—¿Madama de Mon-Montrespan? no la conozco... no la he visto nunca en el Prado, replica doña Casta Cerbrmfz que, en punto á historia, no conoce á fondo mas que la de la cerveza.

En un rincon de la sala están los dos alemanes, que no han tomado parte en el baile, hablando con animacion; me acerco y oigo.

—Te digo que esta última remesa está muy poco fermentada.

—Te contesto que no...

—La prueba es que no ha estallado una sola botella.

—En cambio han saltado diez y siete tapones.

—¡Consiste en el corcho!

—¡Consiste en la cerveza!

—¡Pues señor! para hablar de cerveza, dice Martinez que pasaba por su lado, me parece que es inútil venir á un baile de trages.

El poeta repentista se ha retirado tambien del baile, y sentado en el sofá, continua la laboriosa improvisacion de su cuarteta, diciendo á media voz:

Viva el insigne Moutard de Francia noble aureola...

¡qué diablo! no estoy en vena... hace cuatro dias que ando en busca de los otros dos versos y... no me salen...

Entre tanto Milciades se acerca á la pastora viuda y la di-

rige un cumplido acerca de su traje y el de sus hijas.

Gracias, gracias, le contesta la pastora; ¿no ve Vd. aquel jóven vestido de cultivador americano?

—Sí por cierto, me lo han presentado esta misma noche...

—Es un oficial sexto de la clase de sesos de directas, mozo de gran porvenir, de mucho talento, de imaginacion ardiente... capaz de hacer en un dia trescientas copias de un oficio!

—¿Y qué tenemos con eso, doña Brígida?

—Tenemos que se casa con mi Ofelia.

—¡Ya! ¿le ha pedido á Vd. su mano?

—Su mano precisamente... no, pero el otro dia vino siguiéndonos desde el Prado... el signo es infalible... ademas de que toda la vecindad está enterada del caso.

—Pues! le verian venir detrás...

—Desgraciadamente no fué así, porque era casi anoche, pero ya se lo he contado á todos los vecinos y vecinas, que suman entre hombres, niños y mugeres 125 personas... y si no se casa será un escándalo...

—Un escándalo, dice para sí el baron que estaba escuchando, un escándalo de la fuerza de 125 caballos! Solo le faltó á Maquiavelo vestir faldas para igualarse con la viuda... ¡Pobre supernumerario! ¿pero qué es esto? ¿nos quedamos á oscuras?

Era que el gran capitan habia vuelto á la carga y, al hacer un solo de rigodon, dió tan fuerte encontron con el casco á la lámpara, que sallaron dos tubos y se derramó aceite en abundancia.

Pusiéronse nuevos tubos, se reemplazó el aceite vertido y se restablació el orden.

Solo el desventurado Gonzalo de Córdoba se hallaba afligido de su torpeza pidiendo excusa, á tiempo que sufrió un nuevo detrimento su preciosa armadura. El casco, empapado en aceite, empieza á reblandecerse sensiblemente y á perder su fama guerrera para tomar la de un gorro de dormir. El gran capitan se desespera porque tiene que arrojarle por el balcon; los concurrentes se sonrien y el poeta consiguió mitigar su pena asegurándole que ahora es mas bélico su continente, porque parece salir de un combate.

Dieron por fin las dos de la mañana.

El señor de Martinez bosteza.

El pianista apenas puede tocar.

El supernumerario tiritaba de frio, porque ha dejado de bailar.

El poeta vuelve de la sala de juego donde fué con intencion de fumar un cigarro de dos reales que le habian regalado aquella mañana, pero cambia de opinion y le guarda en la petaca, porque solo hay dos personas jugando, y para saborear un habano se necesitan por lo menos cuatro espectadores.

La señora de la casa ha tenido en poco tiempo tres discusiones con las de fuera sobre el mérito de sus respectivas hijas.

Los enamorados suspiran tanto de amor como de apetito.

El baron declara que en casa de la condesa de Montijo se abre el buffet á la una. Todos estos son síntomas precursores de la cena.

Abrense en efecto las puertas, y damas y caballeros del brazo pasan al comedor, á escepcion de Milciades el cual tiene que ir solo, tanto porque las señoras han cogido miedo á sus espuelas, como porque la barra de hierro le obliga á andar á la manera de un gorrion ó de una urraca.

Colócanse las señoras á la mesa y los caballeros detrás; esta moda no complace al Sr. de Martinez, el cual devora anticipadamente con la vista los suculentos manjares que cubren la mesa. El supernumerario teme que acabe Ofelia con todos ellos, pues ha averiguado por sus amigos que esta, á pesar de que siempre habla de su inapetencia, es capaz de comerse dos libras de dulces, por supuesto, cuando son regalados.

De todos los hombres el único que demuestra alegría es el poeta, pues sus ojos chispean al contemplar sobre la mesa un enorme queso que le sugiere el consonante de aureola, faltándole ya solo el de Moutard.

El baron declara que en casa de la condesa de Montijo los hombres comen al mismo tiempo que las señoras y algunos antes.

Apenas oyen estas palabras se precipitan hácia la mesa y alargando la mano, empiezan á dar cuenta de los pavos y jamones que la adornaban.

Todos están contentos y nada parece turbar la alegría: sin embargo, Gonzalo de Córdoba al atacar un flan, encuentra en él una aleluya que representa la vida del gran Tacaño, y, lleno de asombro, la enseña á los circunstantes.

Acto continuo, uno de los alemanes suspende su polémica sobre la cerveza y afirma que ha encontrado un monda-dientes dentro de un merengue.

El supernumerario esclama que se ha roto una muela al hincarla en un ojaldrado, dentro del cual se halla una ficha de tresillo.

(La conclusion en la página 70.)

## CRITICA LITERARIA.

## DELIRIUM.

LEYENDA FANTÁSTICA DE D. J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.  
La historia de Arturo es la del hombre.  
HAWTENBUSCH (prólogo.)

Difficil, si no imposible, seria señalar la esfera de la actual literatura europea, así como fijar el género que hoy domina en cada uno de los pueblos ó razas que poseen historia literaria. Y este es en nuestro concepto el signo de la diferencia que existe entre el arte moderno y el antiguo. Antes de ahora, y cuando aun no se habia verificado la revolucion literaria que ha visto nacer nuestro siglo, era llana y facilísima tarea determinar é individualizar, por decirlo así, los caracteres particulares de la literatura de cada época, clasi-



ficar los diversos géneros, de marcar los límites de las diferentes escuelas y decidir de una manera segura acerca del gusto dominante. Así, pues, al ocuparnos en reseñar algún período literario, ó siempre que nos referimos á cualquiera de las literaturas nacionales ó astringidas, lo mas comun es que digamos: en este país prevaleció, durante tal reinado, el género cómico; allí, el lírico; mas allá el bucólico: tal pueblo

ha cultivado la novela; tal otro ha imitado la literatura clásica: en esta época ha dominado el gusto sentimental; en cual otra el picaresco: en la literatura de los siglos XIV y XV vemos abundar el sentimiento religioso; la del XVIII es filosófica y descreída etc., etc.

Pero en nuestros días, y en todo lo que vá del presente siglo, ¿quien será capaz de reducir á una fórmula precisa y determinada, por grande que sea su ingenio y perspicaz su espíritu investigador, los variados y hasta encontrados elementos, las múltiples formas, y diversos caracteres de la literatura? ¿Quién será capaz de delinear la fisonomía y pronunciar el nombre de la literatura de un siglo que cuenta entre sus escritores á un Chateaubriand y un Byron; un Goethe y un Manzoni, un Walter Scot y un Sue; un Espronceda y un Silvio Pellico; un Zorrilla y un Paul de Kock: un siglo que no bien en su primera mitad ha visto nacer, crecer y envejecer todas las formas posibles; que ha ensayado todos los géneros, y experimentado todos los gustos; que ha recorrido y vuelto á recorrer todos los círculos del arte, desde la *Cabaña indiana*, hasta los *Misterios de París*; desde el *Cinco de Mayo*, hasta el *Manfredo*; desde los *Mártires*, hasta el *Fausto*?—La respuesta no puede ser otra que las palabras con que hemos encabezado este mal zurcido artículo.

Las literaturas pasadas eran locales é individuales, y se encerraban en los límites de un pueblo y de una raza: por eso es tan fácil clasificarlas y denominarlas, segun el espíritu, la política, la religion y la vida propia de cada raza y de cada pueblo. Pero la literatura actual tiene cierto carácter de universalidad, independiente de las condiciones de nacion ó gente, y disfruta una especie de vida comun en todos los pueblos civilizados; de manera, que por lo mismo no puede resolverse en fórmulas particulares, y necesitamos designarla con el dictado de literatura europea. En este concepto, ya que no fijar concretamente sus límites, podremos descubrir en ella ciertos elementos generales y una particular tendencia, con lo cual, sino se alcanza á definirla, se logrará al menos establecer la diferencia que la separa de otras literaturas.

Hemos dicho que su carácter mas distintivo es el de la universalidad. En virtud de este

carácter, encontramos ciertas afinidades y puntos de contacto entre todas las obras del ingenio que han ilustrado al presente siglo, no obstante la multiplicidad de las formas, y la diversidad de los pueblos donde se hayan producido, y sin que dañe semejante identidad al espontáneo y personal desarrollo de cada país y de cada ingenio. Nadie desconocerá (á no ser la ralea de críticos

descontentadizos y superficiales que en todo quieren descubrir las huellas de la imitacion y del plagio) que en el mismo espíritu alimenta al *Fausto* de Goethe y al *Manfredo* de Byron, siquiera convengan todos en la originalidad que distingue á estas dos inmortales creaciones. El *Diablo Mundo*, de nuestro malogrado Espronceda, ha sido objeto de la acusacion de poco original, y aun hoy dia pesa sobre aquella gran obra (aun no acabada y todo) una general preocupacion que la coloca en la esfera de las imitaciones, sino de remedos, del fecundísimo ingenio alemán, arriba citado. Sin embargo, al igual del *Manfredo*, creemos nosotros del poema del autor español, que no empece su parecido con el *Fausto*, para que deba ser considerado como creacion original y grandiosa.

Pero, dejando á un lado esta serie de comparaciones, que podria ser todo lo largo que quisiéramos, probemos á dar á la literatura actual alguna fórmula que la distinga mas señaladamente. El hombre, desarrollándose en todas sus relaciones sociales, y bajo todas sus formas humanas (si se nos permite la frase), no ya como individuo, sino como especie, es en nuestro sentir el objeto y el fin de la literatura de nuestro tiempo: no ya el francés, ni el sajón, ni el romano, ni el árabe, ni el español ni el griego, sino el hombre en la acepcion mas lata de esta palabra, es el que se revela en *Fausto* y en *Adán*, en *Manfredo* y *Claudio Frolo*. En este sentido,

pues, podemos calificar á la actual literatura europea con el dictado de humanitaria.

A este género, á esta escuela, si tal puede llamarse, pertenece el poemita, que, sin género alguno de pretensiones, acaba de publicar el señor don Heriberto Garcia de Quevedo, lo varios, han dado testimonio de la facundia del autor, por lo correcto y esmerados revelan en él el cultivo de las buenas letras y de la forma clásica, no incompatibles con la libertad y espontaneidad del ingenio. El sabroso y bien trazado prólogo que uno de los literatos mas distinguidos de nuestra patria ha puesto al frente de la obra del señor de Quevedo, á mas de ser una no despreciable garantía de su mérito, nos dispensa de hacer aquí una prolija narracion de la fábula y juego de los personajes que en ella campean. El señor Hartzenbusch, persona muy competente en la materia, pues al par que de autor original é insigne ha sabido dar muestras de erudito y razonado crítico, ha dicho en el ya citado prólogo:—«La historia de Arturo es la del hombre, es la representacion de las pasiones humanas en el borrascoso período de la juventud.»—Esto es en efecto la historia de Arturo; lo cual viene á ser la historia del hombre. Ser moral, en perpétua lucha contra los malos instintos y las aviesas pasiones con la razon por guia y la libertad por instrumento, el hombre tiene en el mundo la mision imprescindible de cumplir el deber: de consiguiente el arte se ajustará á su objeto racional y humano, siempre que nos represente al hombre, en lucha, sí; pero vencedor en la lucha: cualquiera otra representacion humana será incompleta y contraria á la estética que, si-



quiera por distinto camino, llega á identificarse con la filosofía.—Mas vengamos al poemita del señor de Quevedo. Sencillísimo en su fábula, completamente humano y moral en su desenlace, sobrio en sus incidentes, está escrito con una variedad de tonos admirable, pero siempre contenido en los límites mesurados del buen gusto y de las convenciones artísticas. Su lenguaje, como

todo lo que el autor escribe, sino castigado, es propio y castizo; verdaderos los caracteres, naturales las imágenes, y fresca y lozana la inventiva.

Pero en lo que mas ha hecho gala el señor Garcia de Quevedo de sus dotes poéticas, y lo que mas brillantemente decora el *Delirium*, es su varia y acabada versificación: en esto, el poeta americano tiene pocos rivales. Sirvan de muestra los siguientes trozos que al descuido y sin pararnos á escoger vamos á reproducir.

Aquí describe el poeta la carrera de su protagonista por la pendiente de las pasiones:

Partieron... allá van... y en la carrera es la luz del relámpago su guia,  
y al rudo galopar de los bridones  
brotan del suelo abrasadoras chispas.  
Al paso de los brutos infernales  
los centenarios robles se desvian;  
con hondo recrugir, las duras peñas  
de sus eternas bases se desquician,  
y las fieras del bosque soberanas  
al hórrido fragor despavoridas,  
huyen hácia las hondas espesuras,  
do jamás penetró la luz del dia.  
Ya atrás la selva dejan; ya se lanzan  
galopando al través de la campiña:  
ya del hinchado mar ven á lo lejos  
las rebramantes olas que se agitan  
osadas levantando hasta las nubes  
titánicas montañas cristalinas;  
mas que el rayo veloces, el espacio  
cruzan: ya tocan la arenosa orilla.

Como contraste y correctivo de esta infernal carrera en que vá desbocado Arturo á sumergirse en los mares del vicio, nos traza el autor otro camino de término mas halagüeño, y es la vuelta al puerto, á la virtud y á la verdadera dicha.

Dice así el poeta:

Partieron... allá van... y en la carrera es la lumbre del sol su claro guia,  
y al dulce galopar del régio bruto,  
semejante al rumor de leve brisa,  
la tierra de su alfombra de esmeralda  
se reviste, las claras fuentecillas  
detienen su correr; cantan las aves  
sus tonadas alegres y sentidas;  
abre la flor su caliz, y embalsama  
los aires; de la senda en las orillas  
véanse unidos placer los brutos todos  
que aquella selva afortunada habitan.

Cabe el bravo leon, paca el cordero,  
allí cerca el cervato alegre trisca,  
y ufana salta la cobarde liebre  
no lejos de la adusta javalina.  
Las ayas y los robles corpulentos

se doblan y sus ramas aproximan,  
y el espeso follage á los viajeros  
defiende del ardor del medio dia

—Y en tanto el Conde Arturo en este estado intermedio del sueño y la vigilia, con los ojos del cuerpo, vé la calma con que naturaleza le convida; con los del alma mira allá á lo lejos una vida de amor, de paz y dicha.



CARNAVAL.



Lo que se llama hacer el oso.



Sr. D. Pepito, mi muger preferiria cenar, y yo soy de la misma opinion.



Cuidado con lo que haces, Susana, mira que no te pierdo de vista.



Un bromazo por el Prado.



Hay gustos que merecen palos.



Efecto de celos.



Efecto de unas narices de carto .



Lo que son las mugeres cuando se ponen los calzones.



El ojo del pudor que se queda vizco.

Y las vistas del doble panorama del cuerpo y del espíritu, varian, se ensanchan y coloran y hermosean á medida que el Conde mas camina. —Recrean el olfato mil perfumes, y al olvido regalan armonias, el susurro del aire entre las flores, el murmurar del agua entre las guijas; y sigue el conde Arturo en la carrera, á do el Arcangel celestial le guia: que esta vez triunfa el cielo en el combate, y la hueste infernal huyó vencida!

Estos dos bellos trozos encierran todo el poema, y certifican de su fin moral: el uno es el punto de partida; el otro el de arribada: el vicio y las pasiones desordenadas conducen al jóven en su primera carrera, cuyo término fatal ha de ser la desgracia: la virtud y el deber son la guia del segundo viaje, que ofrece al caminante la dicha y el descanso.

Hemos hablado de la variedad de tonos que brilla en la leyenda, y bueno será presentar algun ejemplo.

Hé aquí como las ondinias, poética personificacion de las pasiones, seducen al jóven inexperto.

Jóven dichoso,  
de las mujeres  
fiel amador;  
pues jóven eres,  
tras los placeres  
vé con ardor.

Vé si la trompa bélica  
da la señal temida,  
de la árdua lid, cuán rápido  
se lanza á toda brida  
el alazan fogoso,  
un surco polvoroso  
dejando en pos de sí.

Vé el campeón intrépido  
que oprime sus hijares,  
como se lanza impávido  
en medio á los azares,  
y así, nuevo centauro  
vá á conquistar un lauro  
en la revuelta lid.

Jóven, no temas;  
sigue el camino,  
que hoy el destino  
te señaló:  
sigue animoso  
por el sendero  
que placentero  
se muestra amor.

Fragantes flores  
de mil colores  
el prado esmaltan;  
vé como saltan  
los arroyuelos:  
como, sin celos,  
so la enramada  
en acordada  
dulce armonia  
con alegría  
los ruisenores  
cantan loores  
del niño Dios.

Como muestra de tersa y pura dición, y de serena y bellísima poesía, podemos citar asimismo las siguientes octavas:

Unico alivio en mi mortal desvelo,  
pálida reina de la noche umbria,  
tú, que recorres con pausado vuelo  
la inmensidad de la region vacia;  
tú, que á la vez inundas tierra y cielo  
con mas plácida luz que la del dia,  
ó envuelta acaso entre parduzcas nieblas  
sigues tu blando curso entre tinieblas.

.....

!Oh luna! incorruptible centinela  
del reposo del mundo protectora;  
Compañera del mísero que vela,  
de los que aman constante bienhechora:  
No desoigas mi triste cantinela,  
apiádate benigna del que llora,  
no me ocultes tu pura luz suave,  
bálsamo solo á mi tormento grave.

Desde el leve columpio de vapores  
en que te ciernes sobre el ancho mundo,  
envia algun consuelo á los dolores  
de este mi padecer largo y profundo:  
mi dicha se agostó como las flores,  
y al alentar del ábrego iracundo,  
y ni en la mas remota lontananza  
puedo al alma fingir una esperanza.

.....

Generoso alazan que sin el freno  
del esperto ginete, desbocado,  
la crin flotante, y el nervudo seno  
en blanca espuma y en sudor bañado;  
se lanza á escape de temor ageno,  
y volando atraviesa el bosque, el prado,  
y como si un leon le persiguiera  
sigue tenaz la indómita carrera:

Y salva el precipicio y el torrente,  
y como el rayo en la carrera sigue,  
regando el suelo de sudor hirviente  
sin que el cansancio su vigor mitigue;  
é impulsado del vértigo creciente

que le espolea, sin cesar prosigue  
hasta que, eshausto al fin y palpitante  
cae por su propio peso ya espirante,  
tal es la juventud, etc.

.....

Aquí, bajo otra forma, está tambien encerrado el pensamiento del poemita. Mas cesemos en las citas, pues sería preciso hacer una segunda edicion del libro: tal es la profusa copia de bellezas poéticas de todo género que lo esmaltan.

DELIRIUM, para concluir, siquiera su autor le haya bautizado con el modesto título de leyenda, es un verdadero poema, que merece por muchos títulos llamar la atencion de los que se dedican á las letras, siendo uno de los contados trabajos, que señalan en nuestra literatura un periodo de iniciacion en un género que ofrece inmensos horizontes para lo futuro.

Algun crítico indigesto y minucioso podrá encontrar en la leyenda defectillos y faltas ligeras de que por lo regular no está exenta ninguna obra del ingenio. Tambien nosotros, á habérnoslo propuesto, los hubiéramos encontrado: pero hemos preferido juzgarla en su conjunto, abandonando á otros la ingrata tarea de rebuscar lunares insignificantes.

CALIMACO.

(Continuacion del artículo que empieza en la página 66.)

Y los esposos Montard adivinan quien es el que ha perfeccionado el ramo de pasteleria, al ver estallar de risa á su hijo Eduardo, al que hubieran castigado, á no interponerse los convidados, tanto por filantropia, como por deseos de acabar con tranquilidad la digestion de la cena.

Llegado ya el momento de los brindis, el poeta, que se ha quedado pensativo, dice:

—Si! si! conviene un brindis por nuestro noble Anfritrion... haré lo posible; improvisaré... vaya, héle aquí...

Viva el insigne Montard  
De Francia noble aureola  
Y viva el queso de bola  
Y de las Rusias del Czar!

Chocan algunos las copas y beben, pero las señoras se abstienen.

La pastora viuda manifiesta, en nombre de su sexo, todo el descontento que la causa el verse postergada al queso de bola.

El poeta se defiende diciendo que, no queriendo introducir entre damas la discordia, ha recurrido para dejarlas iguales al queso de bola, cuyo mérito es para él muy inferior, pero que, á pesar de su forma esférica, estaba llamado en la presente ocasion á producir el efecto contrario al de la famosa manzana de las Hespérides. Las señoras no contestan y quedan casi convencidas con la última palabra de este discurso, en razon á que no la comprenden.

El señor de Martinez dice á su vez que él es progresista y que no puede tolerar que en su presencia se brinde por el autócrata de todas las Rusias. El poeta replica, que él tambien es progresista, habiendo brindado por el Czar solo para concertarle con Moutar, y que es sabido, que ante la fuerza del consonante, ceden siempre las opiniones políticas.

Para poner término á estas cuestiones, Milciades hace despejar la mesa y trae á sus convidados otra vez á la sala, donde continua el baile hasta las cinco de la mañana.

El baron se despidió al concluir la cena alegando que aun tiene ocho bailes que recorrer aquella noche y da á Milciades su palabra de honor de pagarle, en cuanto venda sus granos.

Entre cuatro y cinco, las mamás empiezan á desfilar con sus hijas.

La familia Martinez se marcha incomodada; el padre por el brindis absolutista que aun no ha podido digerir: la madre porque no la han sentado á la cabecera de la mesa; los hijos, porque nadie los ha hecho caso como no sea su compañero Eduardo.

Los dos alemanes se marchan tambien y por la escalera llevan esta conversacion.

—Créeme; con ocho dias de fermentacion no basta.

—Pues yo digo que sobra.

—Eso, aunque la cebada sea buena.

—Si la cebada es buena, bastan cinco.

—No señor, ocho!

—No señor, cinco!

El poeta desaparece tambien y se sospecha que se fué con una aldeana suiza, soltera, mayor de edad y que tiene ya horror al nombre de señorita.

La pastora viuda se hace la remolona y se queda de las últimas, porque observa que el cultivador americano está de conversacion tirada con Ofelia.

Tambien lo nota Mr. Milciades al cual desagrada el calor y entusiasmo de esta pareja, y para mitigarle dice al parar al supernumerario.

—¡Mas juicio, mas calma, señor oficial de directas al sesto!

El cultivador americano considera como un amargo epigrama las inocentes palabras de Moutard y se despidió incomodado, sin querer oír las excusas que este le da.

La pastora viuda sale inmediatamente detras de él para no perder la ocasion de que dé el brazo á Ofelia y de ofrecerle la casa.

El gran capitán, antes de marcharse, pide un vaso de agua y tiene la desgracia de derramar la mitad sobre su coraza en la cual se produce un súbito reblandecimiento, que le obliga á correr á su casa para ponerla á secar al brasero.

El maestro de piano se despidió el último, desesperado por no haber podido comer mas que medio pavo, un capon, dos libras de salmon, y dos docenas de merengues y beber mas que una botella de Burdeos, otra de Jerez y otra de Champagne.

Quédanse solos Anfritrion y su amable familia á las cinco y cuarto de la mañana. A las seis empiezan á conciliar el sueño, á tiempo que entra el aguador á depositar el contenido de la cuba en una tinaja sonora.

CAPITULO IV.

DESPUES DEL BAILE.

A las dos de la tarde se despierta doña Casta Cerbrm.fzt, y con el ojo sano recorre sus dominios y hace el inventario de los siguientes destrozos:

Un sillón de la sala ha perdido un pie;  
El sofá del gabinete está manchado, y no se sabe á punto fijo con qué líquido;

En el de la sala se nota un enorme giron;  
En la alfombra, tres manchas de aceite;  
El Robespierre de porcelana ha perdido el brazo izquierdo que yace pulverizado en el suelo;

Su compañero Danton ha adquirido, por el contrario, un emplasto de carton en el ojo derecho, lo cual considera doña Casta como una alusion á sus imperfecciones visuales, segun dice su médico, alusion epigramática que atribuye, y con razon, á los niños de Martinez.

Finalmente, todos los muebles necesitan barnizarse de nuevo para quitarles el almidon del peinado de Adelina, que parece haber incrustado en la caoba.

El total de perjuicios eleva á un grado sumo la irritacion de Doña Casta, cuyo ojo único chispea por dos.

En este crítico instante penetra en la sala el desventurado Milciades, arrastrando la pierna derecha que tiene magullada y poco menos que fracturada por la barra de hierro del trage del dia, o mejor dicho, de la noche anterior.

Su esposa le enseña los perjuicios que se han originado del baile, y á su vez contesta con voz doliente el homónimo del vencedor de Marathon:

—Ay esposa mia! á todos esos gastos tienes que añadir los de médico y botica.

—¡Cómo! ¿quién está malo?

—Yo, yo mismo. Ese trage infernal me ha destrozado todo el cuerpo: tengo la pierna magullada y el calzon de ante me ha llagado... lo que vas á ver.

Pero no llegó á verlo por entonces doña Casta, porque entró en la sala Adelina llorando amargamente, con gran parte de su pelo en las manos y sin poder quitar la harina y el almidon que está adherido á lo restante.

El niño Eduardo se aparece tambien, quejándose de que no le ha sentado bien la cena y protestando que no pueda irse aquella tarde al colegio.

Mr. Milciades Moutard hace en aquel acto, firme propósito de no volver á dar bailes de trages en su vida.

Doña Casta presta incontinentemente un solemne juramento sobre lo mismo.

Juramento que ofrece, sobre todos los que se han prestado en el mundo, la particularidad de no haberse violado todavía.

Verdad es que aun no van transcurridos quince dias desde que se prestó.

Madrid 11 de febrero de 1850.

P. D. Al volver de un baile la noche del domingo de Carnaval del año próximo pasado, una persona de buen humor escribió las líneas que preceden ¿se reconoce en ellas el influjo de la careta y del dominó? Su autor lo teme y por esta razon guarda el anónimo. Perdónenselo sus lectores porque es época de embromar.

UN HOMBRE Y UNA MUJER.

NOVELA

por Alfonso Karr.

En una ocasion la ausencia duró cuatro meses. Una noche, Adela se despertó al oír ruido de pasos en su cuarto: era Luciano. Durante cuatro meses le habia estado esperando cada dia, á cada instante; estaba con el trage de noche, elegante y puesto con cierta coqueteria, que saben adoptar las mujeres cuando quieren parecer mas hermosas.

Luciano estaba triste, sombrío. La tomó la mano y no se la besó como acostumbraba.

—«Adela, la dije, estoy triste, desesperado; vengo aquí á llorar y á blasfemar.»

—«Bien venido seas, amigo mio, le contestó Adela; ¿quiereis cenar? parece que estáis cansado y os convendrá tal vez.»

Y al decir esto, le mostró la cena que le preparaba todas las noches, y que hacia quitar todas las mañanas sin manifestar el mas leve disgusto; sin murmurar.

Luciano indicó que no queria, que no podia comer. Parecia estar turbado.

—«¿Qué teneis? le preguntó Adela, ¿necesitais dinero? Os le daré.»

—«No,» contestó Luciano.

—«No insisto, porque sé que no vacilariais; sería harto vulgar é indigno de nosotros. Recordad nuestro convenio y hablad con franqueza. Estais enamorado?»

—«Sí.»

—«¿Os han engañado, os rechazan?»

—«Uno y otro: me rechazan despues de haberme hecho concebir las esperanzas mas lisongeras y mas bien fundadas.»

—«Esa muger os ama ó no os profesa amor. En el primer caso os bastará convencerla de que es amada, ó persuadirla de ello, y esto es mas fácil y conduce al mismo fin: así os amaré. No hay pues motivo para desesperarse de esa manera. Si no os profesa amor, figuraos que jugais un albur, y con mi ayuda ganareis.»

Y os prometo, dijo por conclusion, que conseguireis vuestro objeto.

Luciano estaba un poco conmovido con el aspecto de Adela, radiante de hermosura en medio de la sencillez de su trage, como la margarita de los campos rodeada de la verde yerba.... Estaban solos en las altas horas de la noche.... ni el mas leve ruido interrumpia el silencio que reinaba....

—«Amigo mio, le dijo ella, marchaos: no destruyais mi felicidad ni oscurezcáis mi porvenir.»

Le rechazó despues dulcemente, y Luciano se marchó.

—«¡Y me obedece! exclamó con amargura cuando dejó de oír sus pasos; se marcha apresurado á triunfar por medio de mis consejos!»

«Pero quiero ser para él, añadió, como un angel guardian; quiero que toda la felicidad que disfrute se la proporcione yo; quiero allanarle de tal modo el sendero de la vida que le recorra en medio de los placeres y triunfos.»

«¡Vamos no quiero llorar mas! ¡Qué muger tan dichosa

soy, puesto que tan feliz puedo hacer á otro ser!... Añadiré mi parte de felicidad á la suya.... Oh! gracias, Dios mio, por tan noble inspiración!»

Y pasó el resto de la noche tratando de olvidarse á sí misma, y de halagarse con la idea de la felicidad de aquel hombre que al mismo tiempo la destrozaba el alma.

Luciano dejó pasar bastante tiempo sin volver á casa de Adela. En este intervalo, difícil sería describir la inmensa prueba que sufrió; su imaginación la hizo experimentar crueles tormentos. Con frecuencia despertaba por la noche sobresaltada, y pensaba que Luciano estaría en los brazos de una rival, ebrio de placer, disfrutando la felicidad que ella misma le había proporcionado con sus consejos. Entonces lloraba y acusaba á Luciano por su ingratitud é indiferencia; no concebía que no le enterreciera tanto amor como le profesaba. Por último concluía con reflexión que siendo tan desconfiada, Luciano asiduo, solícito, no la hubiera hecho tan feliz como visitándola en indeterminadas épocas, guiado solo por su capricho. Los momentos que ella pasaba á su lado eran cortos y escasos; pero cuando esos momentos llegaban, podía entregarse sin vacilar, sin restricción, á la fé que es el mayor encanto del amor.

Hacia el mes de mayo, en la época en que la madre selva y el espino florecen, Luciano cansado, hastiado de los placeres del invierno, llegó una noche á la casa de campo y anunció á Adela que iba á pasar un mes en su compañía. Ella se quedó al pronto muda, conmovida, estupefacta y le dirigió una de esas miradas interrogantes que profundizan hasta el fondo del alma, y ante las cuales sería inútil la mentira.

Luciano le repitió que iba á pedirle hospitalidad por un mes.

Entonces, convencida de que no era una ilusión lo que la primera vez oyera, se entregó con delirio á una alegría infantil; reía y lloraba á un tiempo, cubría de ardientes y frenéticos besos las manos y cabellera de su amante; formó en un instante mil y mil proyectos para invertir cada hora de aquel mes tan deliciosa para ella, y hacerle agradable la permanencia en su casa.

El siguiente día se dedicó á examinar al jardín; brillaban en él todas las flores que le agradaban á Luciano, cultivadas con el mayor esmero. Allí, bajo un cenador de madreselvas, leía Adela sus cartas una y cien veces. Sobre aquel banco de césped permanecía en las hermosas noches de primavera escuchando el lejano y confuso rumor que el viento la traía algunas veces. Entonces se figuraba que aquel ruido procedía de la ciudad de París donde Luciano se hallaba; tal vez una parte de ese ruido le ocasionaba el carruaje que le llevaba en pos de los placeres. Después admiraba el firmamento con sus esplendentes estrellas; su alma se elevaba en vaga contemplación, y encontraba así la fuerza suficiente para no ser celosa, para pensar con placer en que Luciano era feliz. Entonces, inspirada por su abnegación sublime, como un ángel protector, invocaba al cielo por testigo del juramento que hacia de no desfallecer en la penosa tarea que se había impuesto.

Exigió que Luciano diera de comer á sus tiernos pichoncillos, y que aspirara la embriagadora fragancia de las primeras rosas.

El tercer día por la mañana, Luciano vió en el patio un hermoso caballo ensillado y embriado; había sido alquilado en uno de los mejores picaderos de París y debía permanecer en la casa de campo todo el tiempo que estuviera Luciano en ella.

Por la tarde, después de comer, un bote ofrecía á los dos amantes el dulce aficiente del paseo por agua. Se dejaban llevar por la corriente entre los sauces, y una confianza dulce, expansiva, se establecía entre ambos. Adela no tenía casi nada que decir á su amante; un solo pensamiento la ocupaba constantemente: su amor á Luciano. Conservaba su corazón el triste recuerdo de algunas horas transcurridas en medio del mayor desaliento, de la mas profunda desesperación; pero estaba resuelta á no decirse á Luciano. Se complacía en que este la refriera sus diversiones, sus placeres, hasta sus amores; le obligaba á que hiciera una descripción exacta de sus rivales.

Una noche, el bote se quedó detenido entre las ramas de un frondoso sauce: el silencio era profundo, solo le interrumpía de vez en cuando el murmullo que forma el agua cuando encuentra algun obstáculo que obstruye su curso. El agradable perfume que producen las hojas que van brotando en la primavera, embalsamaba la atmósfera; por entre las ramas de los árboles se veían brillar innumerables estrellas sobre un cielo puro y despejado, añadiendo un encanto mas al misterio de la oscuridad que reinaba.

Adela, con su graciosa cabeza apoyada en el pecho de Luciano, se hallaba en el colmo de la felicidad, y multiplicaba sus preguntas relativas á las mugeres que le habían ocupado sucesivamente. Parecía al náufrago que después de haber logrado llegar milagrosamente á la playa, se complace en mirar las olas terribles é imponentes que han estado cien veces á punto de estrellarle contra las rocas, y goza en escuchar sus siniestros bramidos mezclados con el agudo silbido del huracán.

«Háblame, dijo Adela á Luciano, de la que amabas cuando viniste á verme la última vez, ¿dónde está? ¿la profesas amor todavía? ¿es bonita?»

«Responderé á dos de tus preguntas con una sola respuesta: no se donde está.»

«No era si se quiere muy hermosa, pero todo en ella era muy distinguido; su mano era preciosa, su voz tenía una dulzura que solo puede compararse á la de los ángeles, y su pelo rubio y hermoso era mas fino y mas suave que la seda.»

Aquí hubo un momento de silencio. Luciano mientras hablaba, había enredado su mano entre los cabellos de Adela, que eran también rubios y hermosos, y mas finos y suaves que la seda. Aquella semejanza le sorprendió.

Adela comprendió lo que pasaba en aquel momento por la imaginación de su amante, y sentía con un placer indecible la mano de Luciano, que continuaba acariciando sus rizos.

Entonces Luciano habló de volver á casa; temía que la perjudicara la impresión del rocío. Ella no respondió, y el bote surcó de nuevo la corriente, impulsado por los esfuerzos de Luciano. Adela había hecho una abstracción completa de cuanto la rodeaba, y se hallaba entregada al mas delicioso ensueño. Ya fuera por conceder un desahogo al alma, ya

por una inocente coquetería, se puso á cantar una melodía sencilla y penetrante. Su voz, acentuada por la emoción, vibraba sonora y pura en medio del absoluto silencio de la noche.

Luciano escuchaba; detuvo los remos y hasta la respiración.

Sin embargo, aun no habían transcurrido tres semanas, y ya Luciano había empezado á estar distraído, preocupado.

Un día que salió á pasear á caballo, Adela le vió dirigirse maquinalmente hácia París. Aquella misma tarde se despidió de él, rogándole que se marchara.

Durante algun tiempo, Adela vivió gozando con los recuerdos de su felicidad pasada. No podía ir á ningún sitio donde Luciano no hubiera estado con ella, pues todos los días había recorrido durante su corta permanencia en la quinta. Al lado de aquellas lilas habían leído juntos; en aquel ribazo cubierto de musgo habían hecho una de sus frugales pero apetitosas comidas. Aquel sauce viejo y frondoso era el que paró una noche la barquilla; ese ruiseñor que se oye en el bosquecillo le estuvo él escuchando una noche; este rosal es el primero que floreció, y él tuvo la rosa todo el día en su mano.

Sin embargo, Adela buscaba un medio de ocuparse con mas actividad y de una manera mas positiva de su amante. Luciano por su parte se apresuró á volver á los turbulentos y bulliciosos placeres de la sociedad. Poco después se hizo presentar en la casa de una familia inglesa, donde principió una de las fases mas importantes de su vida. Había una jóven muy linda llamada Sara, de un carácter dulce y tímido, que se apoderó completamente de su corazón. Algunos amigos hablaron de su casamiento con Sara como de una cosa posible, y sobre todo ventajosa bajo el punto de vista de intereses.

Luciano les contestó.

«No serán sus bienes de fortuna los que me decidan.»

Y añadió en voz baja: «El interés solo no me decidiría.»

Al día siguiente hizo que pidieran la mano de Sara para él. Luciano no era rico, pero tenía un tío que lo era, y del cual le consideraban como heredero universal. Solo él sabía muy bien que no le había de heredar, por la razón siguiente:

El bueno del tío, á pesar de ser solterón, tenía una hija á quien había hecho criar y educar misteriosamente en una aldea. Un día le dijo á Luciano: «Todos te consideran como mi único heredero: pues bien, todos se equivocan. Tengo una hija á la que dejaré toda la parte de mis bienes de que yo pueda disponer.»

«Sin embargo, como te profeso cariño, he imaginado un medio de asegurar tu felicidad. Cásate con mi hija y disfrutaremos ambos el total de mi fortuna.»

Pero sucedía que la tal jóven era un poco contrahecha, y de un genio algo discoloro. Luciano respondió evasivamente, y no volvió á pisar los umbrales de la casa de su tío.

El padre de Sara contestó á la pretensión matrimonial de Luciano, diciendo que le concedería muy gustoso la mano de su hija, siempre que el tío le asignase, antes de firmar el contrato, una cantidad que reunida á lo que Sara llevase en dote, le asegurase un modo de vivir decente.

Luciano entonces fué inmediatamente á ver á su tío, estuvo dos horas hablando de todo menos del objeto de su visita que no se atrevía á esponder. Se levantó para marcharse, y volvió á sentarse; levantóse de nuevo, y formuló por último su pretensión. El tío se comprometió por medio de un juramento formal á... no darle un cuarto, y le echó á la calle.

Luciano en el colmo de la desesperación, le escribió una carta capaz de ablandar por su sentimentalismo al corazón mas empedernido; pero el tío había emprendido con su hija un viaje cuyo término no había fijado. Entonces se encerró en su cuarto, y trató de buscar el medio mas á propósito para terminar su existencia. La pistola... el veneno... el carbon... el río... todos estos tenían ventajas iguales sobre corta diferencia, y se compensaban lo suficiente para impedir una elección repentina. Dos días hacía que estaba así, cuando se presentó un desconocido y le entregó de parte de su tío un contrato de rentas al portador, equivalente á la suma que había pedido á aquel pariente estrambótico.

Apenas le tuvo en su poder, se lanzó á la calle y fué á ver al padre de Sara. Esta se alegró al saber que se iba á casar; pero le importaba poco que fuera con Luciano ó con otro. Aquella interesante criatura no tenía inteligencia mas que para hacer algunas observaciones acerca de su conveniencia propia y el lujo.

(Continuará.)

## La moda.

Si buscamos en el Diccionario de la lengua castellana el significado de la palabra que lleva por título este artículo, encontraremos: Moda, el uso y estilo corriente y mas moderno en las cosas que dependen del gusto y del capricho; mas en mi pobre juicio no me parece esta la definición mas acertada. Yo hubiera dicho; moda, es un castigo universal impuesto por los hombres mismos, castigo oneroso á cuya fuerza todos doblan la cerviz y le siguen en su incostante carrera, castigo del que ya sería imposible separarnos y que sin embargo nos pone en ridículo con bastante frecuencia. ¡A tal extremo nos conduce nuestra ceguedad! Oigamos para convencernos de la veracidad de estas palabras á doña Bárbara y á su esposo don Silvestre;

—Mira, Silvestre, es preciso que me acompañes luego á las tiendas; tenemos que asistir pasado mañana al baile de la Condesa.... y no tengo ningún vestido.

—¿Que no tienes ningún vestido!..

—Tener, sí; pero ya ves, todos son tan antiguos....

—¿Cómo antiguos! ¿Y el que te hiciste hace un mes?

—No te acuerdas que le mandé teñir de color de rosa para asistir al concierto de....

—Pues bien: ese mismo es apropiado.

—No, porque ahora se estila azul claro.

—Pero muger, el color ¿qué mas dá?

—¿No me quieres dar ese gusto?

—Sí; pero es el caso que no tengo dinero.

—¿Cómo que nó? Y los dos mil reales que antes de ayer

compraste del arrendador de Arganda?

—Sí, es verdad, cobré dos mil reales; pero como estamos convidados al baile de la condesa... me he mandado hacer un frac, un pantalón, un par de botas y...

—Pero tú me vas á matar á pesadumbres... Hacerse un frac teniendo en el armario cinco ó seis nuevecitos.

—Bárbara, tú has olvidado que tienen todos el talle bajo...

—¿Y las botas? dí que tienen también el talle bajo.

—No, eso no; pero lo que es la punta la tienen bastante ancha y hoy día se estila muy estrecha.

—Pues bien, ya que no me compras el vestido, tú solo irás al baile.

—Pero muger...

—Nada, nada, le dirás á la condesa... que yo siento no poder complacerla.... que he sido atacada de los nervios.

(Enfermedad que está muy en moda y que hace furor.)

—¿Pero qué dirá?

—Que diga lo que quiera. No me hables mas de esto.

—¡Válgame Dios!—Muger, no te incomodes... y vamos á ver: ¿cuánto importará el vestido?

—Unos mil reales.

—Si no es mas que eso, ponte la mantilla, vamos á las tiendas.

—Oh ¡que marido tan amable! (Esto es de moda) Prometo en cambio de tu generosidad bailar contigo un rigodon y una polka mazurka.

Pagar semejantes generosidades con polkas y rigodones no se usa, porque la moda exige que las mugeres bailen, mientras los pobres maridos se entretienen jugando al e'carté á los cientos; pero bien se puede quebrantar esta regla cuando en cambio se recibe un vestido.

Entre tanto doña Bárbara ya se había puesto la mantilla, y sin dar apenas tiempo á Silvestre para cojer el sombrero, se apoderó de su brazo y en menos de cinco minutos llegaron ambos á la calle del Carmen. Entraron en un comercio, y sentándose Silvestre dejó á su muger que satisficiera su capricho. Los dependientes de la tienda con su charla infinita y después de sacar y revolver mil y mil telas de diferentes colores y calidades, lograron agradar á la descontentadiza compradora.

—Toma, Silvestre, dijo esta alargando á su marido el corte de vestido elegido.

—¿Y ya lo has ajustado?

—Sí, á mil quinientos reales asciende...

—¡Mil y quinientos! Pues no me dijiste... (aparte á doña Bárbara).

—Yo, á punto fijo no sabía...

—¡Válgame Dios! Tome V.; y dejando encima del mostrador dos billetes de banco, el uno de mil y de quinientos el otro, salieron de la tienda, doña Bárbara llena de alegría y don Silvestre bufando; con el vestido empaquetado debajo del brazo. Pero ¡oh fatalidad! la mala suerte del desgraciado esposo quiso que su muger viese los adornos que había colocados en el escaparate, y se vió de nuevo en el compromiso de entrar en la tienda para complacer á su cara mitad.

Hecho esto, dirigiéronse á casa de Mlle. Chavani, á la que se encargó la pronta hechura del vestido. Escusado es reproducir la advertencia de que lo hiciera á la última moda y sobre todo, que de cintura estuviera lo mas ajustado posible.

Antojósele después á doña Bárbara subir á Atocha. Silvestre se quejó de que este paseo le incomodaba; pero su muger le convenció diciéndole que era el único de moda.

Llegaron á Atocha á disgusto de Silvestre que tuvo que renunciar á los amenos jardines de la Fuente Castellana.

Semejantes escenas se repetían con bastante frecuencia; pero la mas original y la que no pudo menos de excitar la hilaridad de muchos y la desesperación mia, fué la que presencié dos días después en casa de la condesa de... á la que tuve la dicha de visitar como uno de los convidados al baile que daba con motivo de haber agraciado á su esposo con la gran cruz de Carlos III (gracias que, entre paréntesis, están muy en moda).

Cuando llegué estaban walsando, y júzguese de mi sorpresa al ver galopar al infeliz Silvestre, víctima de la estrechez de sus botas, agarrado á su muger, cuya empaquetada cintura ansiaba por momentos volver á su estado normal. Solo con ver tan ridícula pareja los labios no podían contener la risa.

Figúrese el lector á doña Bárbara, muger de sesenta y tantos años, su semblante moreno muy subido, tan fea, como yo... no, no, mucho mas fea, con vestido azul y su cabeza llena de perifollos del mismo color; y á don Silvestre, que con corta diferencia contaba la misma edad, feo como él solo, con los brazos abiertos, porque el frac le estaba bastante estrecho, y medio cojeando, porque las botas le oprimían demasiado. ¡Oh! confieso que por no ver semejantes ridiculeces ya me disponía á abandonar el *soiree* (1) de la condesa... pero ¡oh cielos! los cocheteros del vestido de doña Bárbara estallan de repente, resistiéndose á encerrar por mas tiempo una cintura tan desmesurada... avergonzada la sesentona coqueta lleva las manos á su espalda... y don Silvestre, que poco acostumbrado á walsar se había mareado, pierde el equilibrio y empieza á rodar con su peluca por la alfombra en medio de una estrepitosa salva de aplausos y carcajadas.

La indignación se apoderó de mí sin saber cómo, y maldeciendo las debilidades humanas y los caprichos de la moda, llegué á casa, me encerré en mi cuarto y me puse á escribir este artículo.

Pero es mas, la moda no se contenta con hacer víctimas de su inconstancia á cierto número de cosas, no. Todo dobla la cerviz á la imperiosa voz de su tiránico poder. Los hombres, las mugeres, los trajes... las costumbres, las cosas, todo en fin, sufren con gusto su despótico yugo... y lo mas ridículo es que nadie se queje de admitirle conociendo sin embargo el daño que nos hace muchas veces; mas ya comprendo la causa; la moda es creada por nosotros, y pronunciarse contra ella sería pronunciarse contra nosotros mismos; y esto, aunque no está en moda, se debe admitir como un buen principio, porque de lo contrario sería hacernos poco favor.

Estoy viendo que alguno de mis lectores se preguntarán: ¿qué le habrá hecho la moda á ese hombre que tan reñido es-

(1) Segun la última *dernier*, como dicen muchos, está admitida esta palabra.

tá con ella? Por si acaso ocurre esta duda, me parece justo decir á Vds: pues qué, ¿os parece pequeña injuria el ponerme constantemente en berlina?—Por desgracia yo soy bastante pobre, y, con *perdon de Vds*; casado por añadidura. Un frac me debe durar por lo menos cuatro años, y pasado este término todavía tengo que recurrir á algun empréstito para poder atender á la nueva adquisición de otro. De aquí resulta que como la moda dura generalmente un mes, mi humanidad está en ridículo cuarenta y siete meses justos. En ridículo, sí, porque hoy día escita la irrisión de todos quien no viste con arreglo al último figurin; sin detenerse á analizar siquiera esa sociedad que llaman ilustrada, si el que no sigue los caprichos de la moda, es porque su corto capital no se lo permite, ó porque no quiere sujetarse á las incomodidades que el seguirlos nos produce algunas veces, porque no siempre las modas sirven para mejorar las cosas.

Admitanse, enhorabuena, las reformas que miradas bajo el punto de vista de la economía, contribuyan además á mejorar la especie; pero dejemos quieto lo que solo con moverlo perdería el poco mérito que tiene.

Es preciso confesar, lectores míos, que las modas han destruido todo lo bueno de nuestros antiguos; y sin embargo, al siglo en el que esto se hace y se aplaude se le llama *siglo de la ilustración*.—*Siglo de los sastres y modistas*—le llamaría yo, y hablaría con mas propiedad.

Hay modas que por lo detestables que son en todos conceptos, parece que se introducen y admiten tan solo por el *espíritu de variar*: de aquí resulta que nos cansamos de ver una cosa buena quince días, y con tal de que á nuestros ojos presente alguna novedad, no advertimos su ridiculez.

Dígalo si no aquel horrible peinado que se estilaba hará como unos ocho meses; aquellas caras angelicales que por seguir la moda se convirtieron en furias escapadas del averno. Yo, lo confieso, á pesar de que tanto me han agradado en todo tiempo las mujeres, en la época á que hago referencia me horrorizaban; no podía ver á ninguna con el ánimo tranquilo; siempre las miraba prevenido, porque me parecía que se me iban á tragar; pero afortunadamente el peinado en cuestión cayó con su autora... Eh, señores, pido la palabra! no interpreten Vds. mal mis espresiones. Lo que yo he querido decir es que pasó la época del uno y la de la otra, porque ni aun á las mujeres respeta la moda.

Sofía Fuoco, esta correcta y elegante bailarina, tuvo su época, que cesó á su tiempo, lo mismo que la tuvo



La Cerito, en el papel de Elena en EL VIOLIN DEL DIABLO.

la Nena, la Vargas y la Petra Cámara, y lo mismo que la tiene ahora la hermosa Fanny Stanley; pero mañana será derribada por otra Fanny; por la célebre Cerito, cuya presencia la sepultará en el olvido... ¿Y por qué? porque pasó su época.

Otra de las leyes que la moda ha dictado terminantemente es la de ser escritor, ó mas bien dicho, *la de escribir*, que aunque á primera vista parecen sinónimas estas palabras, sin embargo no quieren decir lo mismo.

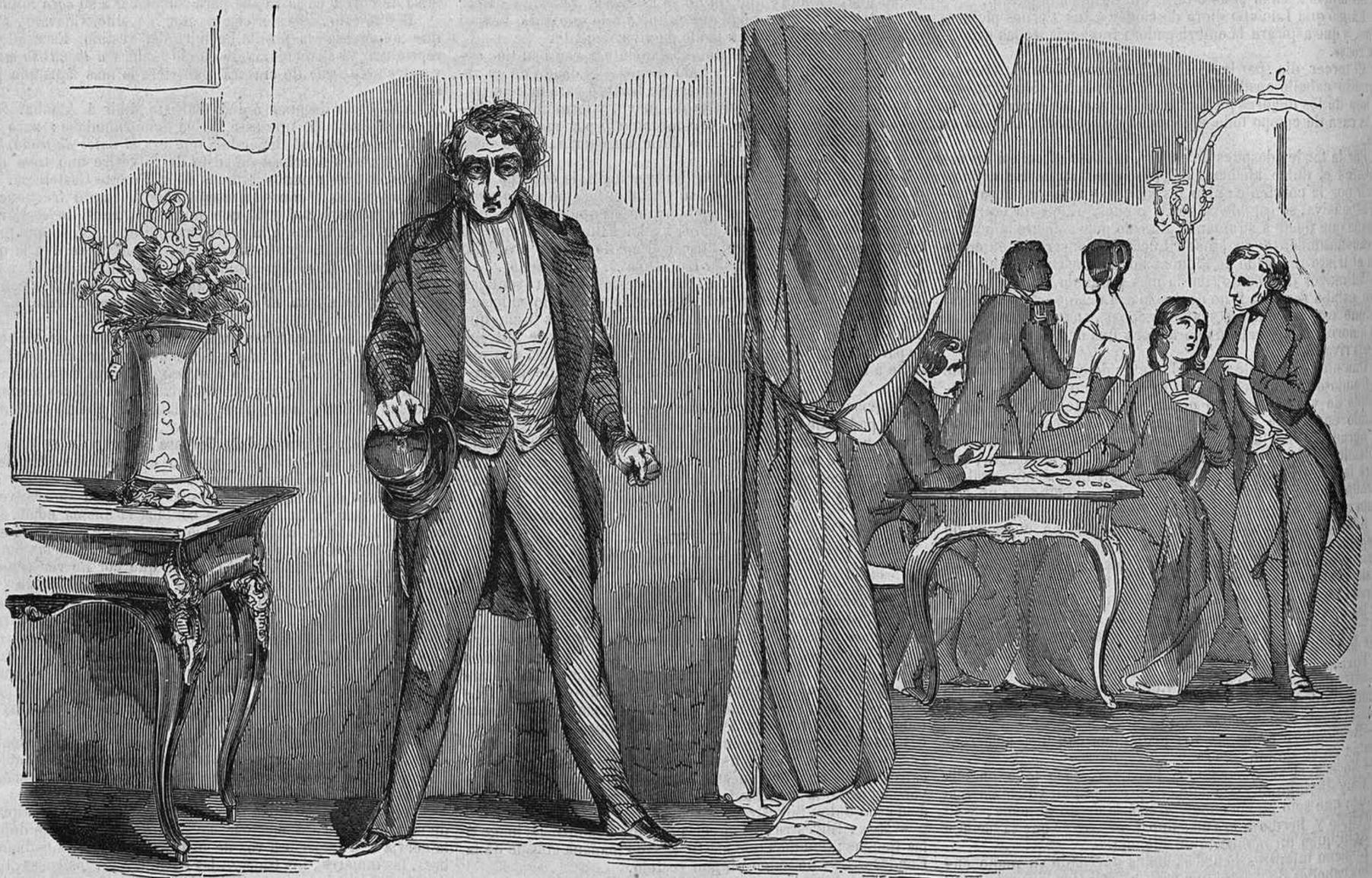
Mas aun: hoy día se escriben comedias de moda tambien; pero esta moda al menos tiene algunas ventajas. Es una mina no descubierta hasta ahora y cuya explotación es bastante lucrativa. Se reduce á poner en acción á ciertos personajes del día elogiando sus buenas cualidades y *callando las malas por supuesto*. El autor dedica despues á la persona alabada el fruto de sus tareas, la cual, por lo regular, las recompensa generosamente.

Los títulos de las composiciones dramáticas siguen asimismo los pasos de la moda, y esto no cabe ponerlo en duda. Representóse hace bastante tiempo una comedia con el título de *El Tío Tararira*, despues apareció el *Tío Zaratan*, parodia de Guzman el Bueno, luego vino el *Tío Caniyitas* con su *monótono cantar*, precediendo al *Tío Pinini* que lleno de orgullo por el buen acogimiento que tuvo, quiso presentar su segunda parte en escena, donde alcanzó su merecido; pero el *Tío Lebré* que esto vió, dijo: *no mas tíos*, y se calló como un hombre renunciando á parodiar al Tesorero del rey.

Por lo que toca á los títulos de las composiciones dramáticas, nada de extraño tendrá que ahora que tanto furor está haciendo el drama nominado *Jugar por tabla*, veamos consecutivamente anunciados los siguientes.—*Carambola y palos*.—*Mingo cubierto*.—*Villa y pérdida*.—*Golpe abajo*.—*Tres tablas*.—*Recodo limpio*.—*Palos de efecto*, etc., etc., apurando todas las jugadas y términos técnicos del noble juego del Billar.

Semejantes imitaciones no dejan de ser importunas, pero... ¿qué le hemos de hacer? *Son cosas que están en boga y es forzoso seguir las*. Y yo, usando de este derecho y atendiendo: primero á que este artículo se va haciendo ya demasiado pesado: segundo á que está en moda firmarse con un seudónimo: tercero á que esta moda no cuesta dinero: cuarto á que *Jugar por tabla* es el dramita del día; despidiéndome antes como es justo de mis lectores, no vacilaré un momento en firmarme.

EL CHAMBON.



Una soirée divertida.

Estoy arruinado, completamente arruinado, he jugado hasta las alhajas de mi muger, no me queda ningun recurso!

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.